rizados contra él, ni le daña que Jorge III y los tories quedasen encantados. Su grandeza estriba en que ha vivido en un mundo en el que ni el liberalismo ni el torismo inglés tienen idoneidad para entrar—el mundo de las ideas, no el de los reclamos y rutinas de partido.—Muy lejos de ser verdad lo de que entregó al partido cuanto había pretendido para el linaje humano, al fin y remate de su violenta lucha con la Revolución francesa, después de todas las andanadas contra sus pérfidas, falaces y extravagantes pretensiones, en la convicción sincera de su malignidad, terminó un memorandum sobre los mejores medios de combatirla—las *Reflexiones sobre los asuntos franceses*, Diciembre, 1791—(de las últimas páginas que escribió), con estas notables palabras:

«A mi juicio, el mal está presentado tal cual es. Espero que el remedio esté donde la autoridad; el juicio y la sufi-

ciencia se unan á las buenas intenciones más de lo que en mí pueden unirse. Creo haber concluido con esto para siempre. En los dos últimos años me ha dado muchos momentos de ansiedad. *Si ha de haber un cambio radical en los destinos humanos, el juicio de los hombres habrá de estar preparado; las opiniones é impresiones del vulgo lo retardará; cada temor y esperanza lo adelantarán, y entonces los que persistan en oponerse á esta poderosa corriente, se resistirán, no á los designios de los hombres, sino más bien á los decretos de la providencia. No serán resueltos y constantes, sino perversos y obstinados.*

Este retorno de Burke sobre sí mismo siempre me ha parecido una de las cosas más excelentes de la literatura inglesa ó de cualquiera otra. Eso es lo que yo llamo vivir por las ideas: cuando un lado de la cuestión ha tenido por largo tiempo vuestro más firme apoyo, y le habéis consagrado todos vuestros

sentimientos, y no oís á vuestro alrededor más que un sólo lenguaje, que en vuestro partido resuena como máquina de vapor sin poder imaginar otro, ser todavía capaz de pensar, de ser, si puede decirse así, arrastrado irresistiblemente por la corriente del pensamiento al lado opuesto de la cuestión, y como la burra de Balaam, no poder decir sino *lo que el Señor os ha dictado*, no conozco nada más sorprendente y menos propio de un inglés. Pues el inglés en general es como mi amigo el miembro del Parlamento, y cree á pies juntillas, que porque una cosa es una anomalía no hay absoluta objeción á hacerla; es como el lord Auckland del tiempo de Burke, que en un memorandum sobre la Revolución francesa habla de «ciertos malvados que, tomando el nombre de filósofos, se han juzgado capaces de establecer un nuevo sistema en la sociedad». El inglés ha sido llamado animal político, y da tanto valor

á lo que es político y práctico que las ideas con facilidad llegan á ser á sus ojos objetos de aversión, y los pensadores «malvados», porque ideas y pensadores se atrevieron á mezclarse en la política y en la práctica. Todo esto sería muy bueno si la aversión y menosprecio se limitasen á las ideas transportadas fuera de su elemento interponiéndose oficiosamente á la práctica, pero se extiende á las ideas como tales y á toda la vida de la inteligencia; la práctica lo es todo, y el ejercicio independiente del entendimiento no es nada. La noción de que este ejercicio sobre todas las materias es en sí mismo un placer, un objeto de anhelo, un proveedor esencial de elementos sin los cuales el vigor de una nación, aunque tenga conpensaciones de cualquier género que sean, se debilita á la larga y muere de inanición, con dificultad entra en el magín de un inglés. Es de observar que la palabra *curiosidad*,

usada en otros idiomas en buen sentido, para significar una cualidad noble y refinada de la naturaleza del hombre, precisamente esta afición desinteresada á ejercer la libertad de pensamiento sobre todas las materias por puro gusto, es de observar, repito, que esta palabra no tiene en nuestro idioma un sentido por el estilo, sino más bien uno malo y de injuria. Es así que la crítica, la verdadera crítica, es en su esencia el ejercicio de esta misma cualidad. Obedece al impulsivo instinto de tratar de conocer lo mejor que se ha discurrido y sabido en el mundo sin consideraciones á la política, á la práctica, ni á otra cosa por el estilo, y apreciar el conocimiento y saber según la altura de superioridad sin la intrusión de ningún género de miramientos. Esto es una aptitud para la cual hay, según creo, poca simpatía original en la positiva naturaleza inglesa, y por eso se ha sufrido un largo período de entor-

pecimiento, revisión y represión en la época de concentración que siguió á la Revolución francesa.

Pero esas épocas no pueden durar siempre; la corriente natural de las cosas trae las de expansión. Tal parece ser la que comienza en este país. En primer lugar, hace mucho tiempo que ha desaparecido todo peligro de una presión forzosa y hostil de las ideas contrarias á nuestra práctica; como el viajero de la fábula, empezamos á llevar nuestra capa con desenvoltura. Luego, con una larga faz, las ideas de Europa introdujéronse gradual y amigablemente, mezclándose á las nuestras aunque en dosis infinitesimales. Además de eso, á pesar de todo lo que se ha dicho de la influencia absorbente y brutal de nuestro apasionado progreso material, me parece, según todas las apariencias, irrefutable, aunque no claro, que este progreso ha de guiar al cabo á una

nueva era de vida intelectual; y que el hombre, después de haberse hecho confortable en todo, tiene que determinar qué va luego á hacer consigo, y comenzar á recordar que tiene un entendimiento, y que éste puede hacerse manantial de gran placer. Doy por supuesto, que al presente, la fe tiene el principal privilegio de discernir el fin de nuestros caminos de hierro, nuestros negocios y nuestro afán de enriquecernos; pero veremos si aquí, como en otras partes, la fe no es al cabo la verdadera profeta. Nuestras comodidades, viajes, é ilimitada inmunidad para asirnos con tanta fuerza como gustemos á lo positivo que originaron nuestras opiniones, tienden ahora á producir una afición á tratar con más libertad estas opiniones, examinándolas un poco para comprender su verdadera naturaleza. Agitaciones de curiosidad, en la acepción extranjera de la palabra, surgen entre nos-

otros, y con estas es con las que ha de contar la crítica. La crítica primero; cuando ésta haya hecho su obra, quizá venga después la actividad creadora, que según he dicho, debe ser precedida entre nosotros, inevitablemente, por una era de crítica.

Es de la mayor importancia que la crítica inglesa distinga con claridad el rumbo que debe tomar para aprovecharse del campo que se le abre y producir fruto en lo futuro. La norma puede resumirse en una palabra: *imparcialidad*. ¿Y cómo ha de mostrarse imparcial? Apartándose de lo que se llama el modo de ver las cosas prácticamente; siguiendo con resolución su ley natural, que es la manera de pensar independiente sobre todas las materias de que trata. Rehusando con firmeza prestarse á esas ulteriores consideraciones políticas y usuales acerca de las ideas que muchas gentes unirán á ellas, acaso con razón, y de cualquier modo

es seguro que en este país se unen lo bastante, pero que la crítica no tiene por qué atenderlas. Su tarea es, como he dicho, conocer simplemente lo mejor que se ha hecho y pensado en el mundo, creando á su vez, por medio de este conocimiento, una corriente de ideas independientes y vigorosas. Su deber es hacer esto con inflexible rectitud y la aptitud necesaria, dejando á un lado todas las cuestiones de resultados y aplicaciones positivas, que no dejarán nunca de tener sus prerrogativas. De otro modo, además de ser, en realidad, contraria á su esencia, no hará más que seguir la antigua rutina que llevó hasta aquí en este país, y desperdiciará la oportunidad que se le presenta. Pues ¿cuál es ahora el mal de la crítica? Las consideraciones de costumbre que se le adhieren y la ahogan, subordinándola á intereses que no son los suyos. Nuestros órganos de crítica lo son de hombres y partidos que sir-

ven á fines positivos, y para ellos esto es lo primero, y la representación de pensamiento lo segundo; lo que se necesita es tanta libertad de ideas como sea compatible con el empeño de llevar adelante sus fines. No tenemos un órgano como la *Revista de Ambos Mundos*, cuya principal atribución es conocer y publicar lo mejor que se discurre y hace en el mundo, ó sea un órgano para ejercitar la libertad del pensamiento. Pero tenemos la *Revista de Edimburgo*, que se publica como órgano de los antiguos *whigs* (liberales), y, por tanto, con el modo de pensar que á ellos conviene; tenemos la *Revista Trimestral*, órgano de los *tories* (conservadores), con las inspiraciones de su partido; la *Revista Trimestral Británica*, órgano de los *disidentes*, y, por lo tanto, sujeto á sus influencias; el *Times*, órgano del inglés vulgar y satisfecho, con las ideas que le son propias. Y así en todas las diversas frac-

ciones políticas y religiosas de nuestra sociedad: cada fracción tiene, como tal, su órgano de crítica; pero la idea de unir todas las fracciones en el placer común de un ejercicio del espíritu independiente é imparcial no encuentra favor. El juego de este resorte necesita primeramente más espacio y olvidar un poco la presión de los respetos á la práctica; está oxidado de no girar por tanto tiempo. La desaparición, tan de sentir, de la *Revista del Interior y del Extranjero*, nos hizo comprender esto el otro día. Quizá en ningún órgano de crítica hubo ideas de tan alto vuelo; pero esto no la salvó. La *Revista de Dublin* vive porque subordina el pensamiento á los asuntos del catolicismo inglés é irlandés. Debe ser necesario que los hombres se agrupen en sectas y partidos, y cada uno de éstos tenga su órgano que favorezca los intereses de su acción; pero también sería bueno que hubiese una crítica, no

para servir esos intereses ni los contrarios, sino con absoluta independencia de ellos. Ninguna otra obtendrá verdadera autoridad ni hará algún camino hacia su objeto: la creación de una corriente de ideas verdaderas é innovadoras.

Por no haber sostenido la crítica como debiera en la pura atmósfera intelectual sin desligarse de lo positivo, y por haberse empeñado tanto en la polémica y controversia, es por lo que ha cumplido tan mezquinamente su obra espiritual, que consiste en apartar al hombre de la satisfacción de sí mismo que le atrasa y vulgariza, para guiarle hacia la perfección, haciendo que su entendimiento se fije en lo que es excelente de por sí, y en la absoluta belleza y propiedad de las cosas. Una crítica de polémica de partido hace á los hombres ciegos á la imperfección de su ideal positivo, les hace defender su perfección con tenacidad

para sostenerlo contra el ataque; y esto es á todas luces innoble y perjudicial para ellos. Si estuviesen tranquilos en cuanto á sus intereses, podrían admitir gustosos las reflexiones teóricas de una perfección inteligente, y su horizonte espiritual se ensancharía poco á poco. Sir Carlos Adderley dice á los agricultores de Warwickshire:

«¡Se habla de mejorar la educación! La raza que hombres y mujeres representamos, la antigua raza anglo-sajona, es la mejor educada de todo el mundo..., nuestro clima fresco, la carencia de cielo despejado y naturaleza exuberante no enerva, y ha producido un pueblo de raza muy vigorosa, haciéndonos superiores á todo el mundo.»

Mr. Roebuck dice á los fabricantes de cuchillos de Sheffield:

«Yo miro á mi alrededor y me pregunto; ¿cuál es el estado de Inglaterra?

La propiedad, ¿no está segura? Cada hombre, ¿no puede decir lo que quiere? ¿No podéis recorrer la Inglaterra de un extremo al otro en completa seguridad? Decidme, ¿en qué sitio del mundo ó en la historia pasada hay algo como esto? No hay nada. Ruego á Dios que dure siempre nuestra felicidad sin rival.»

En tan satisfecho engreimiento, hay en palabras y pensamientos un peligro evidente para la pobre naturaleza humana mientras no estemos en salvo en las calles de la Ciudad Celestial.

«Lo poco que se ha hecho, parece nada cuando miramos adelante y vemos cuánto hay que hacer todavía», dice Goethe. Para la flaca humanidad, este es mejor punto de reflexión mientras permanezca en este campo terrenal de trabajos y pruebas.

Pero ni sir Carlos Adderley ni mister Roebuck son por naturaleza dados á consideraciones de este género. Las

pierden de vista en la vida de controversia que todos llevamos y en la forma material que damos á toda teoría. Tienen enfrente antagonistas cuyas aspiraciones son menos positivistas, y en su celo por sostener las suyas contra estos innovadores, van demasiado lejos atribuyéndoles perfecciones ideales. Alguien ha querido introducir el sufragio universal, abolir derechos de iglesia, obligar á hacer estadísticas de agricultura y disminuir la administración local. En contestación á tales proposiciones impropias ó más bien inoportunas, cuán natural es extralimitarse y decir con voz estentórea: «¡Somos una raza superior á todas las demás! ¡La antigua raza sajona es la mejor educada en todo el globo terráqueo! ¡Ruego á Dios que dure nuestra felicidad sin rival! ¿En qué sitio del mundo hay algo igual á esto?» Y mientras la crítica responde á este ditirambo insistiendo en que la raza sa-

jona sería más superior si no hubiese derechos de iglesia, ó que esa dicha sin rival duraría más tiempo con la libertad de votar, el estribillo de «¡la mejor educación del mundo!» seguirá en crescendo, y toda imagen mental y refinada se desvanecerá, y el agresor y sus críticos persistirán dentro de un círculo falto de vitalidad en que el progreso mental es imposible. Pero que la crítica deje á un lado derechos de iglesia y libre sufragio, y con la intención más cándida, sin un solo pensamiento oculto de innovación, confronte con nuestro ditirambo este párrafo de un periódico que cayó en mis manos en seguida de haber leído á Mr. Roebuck:

«Acaba de cometerse en Nottingham el horrible asesinato de un niño. Una muchacha llamada Wragg dejó el hospicio, el sábado por la mañana, con su hijo ilegítimo. Poco después apareció el niño muerto en Mapperly-

Hills: había sido estrangulado. Wragg está en la cárcel.»

Nada más que eso; pero en contraposición á los grandes elogios de sir Carlos Adderley y Mr. Roebuck, ¡cuán elocuentes y claras son esas pocas líneas! «¡Nuestra educación anglosajona, la mejor del universo!» ¡Qué áspero y feo suena el nombre de *Wragg* en este *mejor!* Si hablamos de la perfección ideal de ese «mejor en todo el mundo», cualquiera tiene que reflexionar qué pruebas de rudeza hay en nuestra raza, qué desdichada interpretación demuestra de las nociones más delicadas del espíritu con el natural desarrollo entre nosotros de nombres tan repugnantes, ¡Higginbottom, Stiggins, Bugg! En Jonia y Atica tuvieron más suerte en este respecto que «la mejor raza del mundo ; pero la Ilissus no era Wragg, ¡pobrecilla! Y «nuestra felicidad», ¡qué elemento de grima, de laceria y horror se mezcla

con ella y la mancha, el hospicio, el horrible sitio de Mapperly Hills—los que lo hayan visto lo recordarán—la oscuridad, el humo, el frío, el niño ilegítimo estrangulado! «Os pregunto si en el mundo y en la historia pasada hay nada como eso.» Quizá no, está uno tentado é responder, pero en ese caso el mundo es muy de compadecer. Y el rasgo final, breve, helado é inhumano: *Wragg está en la cárcel.* El sexo, perdido en la confusión de nuestra felicidad sin rival, ó (¿lo diré?), ¡el supérfluo nombre de cristiana borrado al instante por la rectitud enérgica de nuestra educación anglo-sajona! La mente utiliza contrastes como éste, y por medio de la crítica sirve la causa de la perfección haciendo fijar la atención en ellos. Eludiendo estériles conflictos, rehusando permanecer en el terreno donde sólo tienen algún valor y aprecio las concepciones relativas y limitadas, la crítica puede disminuir

su momentánea importancia, pero sólo de este modo tiene probabilidad de obtener admisión para esas concepciones más acabadas y de más vuelo á que sus deberes los obligan á atender. Mr. Roebuck tendrá una pobre opinión de un adversario que á su provocador canto de triunfo replique murmurando en voz baja: *Wragg está en la cárcel*; pero de ninguna otra manera se conseguirá que esos himnos exaltados afinen por grados las discordancias que en su tono hieren el tímpano del oído y se bajen á un diapasón más suave y más natural.

Se dirá que es una acción muy sutil é indirecta la que estoy señalando á la crítica, y que adoptando de esta suerte la costumbre indiana de aislamiento y abandono en el terreno de la vida, se condena á una labor lenta y oscura. Puede ser lenta y oscura, pero es el único trabajo que le es propio. La multitud nunca tendrá un gran afán por

ver las cosas como son; las ideas inadecuadas siempre le satisfarán. Sobre ellas reposa y debe reposar la práctica general del mundo. Que es tanto como decir que cualquiera que trate de ver las cosas como son se hallará en un círculo muy pequeño; pero sólo haciendo estos pocos su labor, las ideas adecuadas llegarán á formar corriente. La agitación y gritería de la vida tendrá siempre un efecto vertiginoso y atrayente sobre el espectador más sosegado y tenderá á arrastrarle á su vórtice: este caso tiene que ocurrir, sobre todo, en Inglaterra, donde la vida es tan activa. Pero sólo permaneciendo sereno y rehusando prestarse al punto de vista del hombre positivo, puede el crítico hacerle algún servicio; y sólo siguiendo su senda con la mayor franqueza, puede convencerle de su sinceridad, para que evite las equivocaciones que de continuo le amenazan.

Pues el hombre práctico no está apto para distinciones sutiles, y sin embargo, en estas distinciones es principalmente donde la cultura más elevada y más noble halla su acomodo. Mas no es fácil guiar á un hombre práctico —á menos que le tranquilicéis; en cuanto á vuestras intenciones positivistas, no tendréis probalidad de guiarle—la cosa que está acostumbrado á mirar siempre por un lado, que aprecia en mucho, y mirada así merece quizá toda la estimación y admiración que le concede—es difícil hacerle ver que, mirada por otro lado, aparece menos beneficiosa y agradable, pero conserva, sin embargo, todos sus títulos á nuestro homenaje. ¿Dónde hallaremos un lenguaje bastante sencillo, como haremos evidente, la pureza inmaculada de nuestras intenciones para autorizarnos á decir al político inglés, que la constitución británica, que vista por el lado práctico parece un magní-

fico órgano de progreso y eficacia, observada por el lado teórico—con sus compromisos, su amor á los hechos, su horror á las teorías, su estudiada manera de evadir la libertad del pensamiento—¡perdóname, sombra del lord Somers!—parece una máquina colosal para la fabricación de filisteos? ¿Cómo Cobbett ha de decir esto y ha de ser comprendido, ennegrecido como está con el humo de una larga contienda en el campo de la política práctica? ¿Cómo Mr. Carlyle ha de decirlo y ha de ser atendido después de su furiosa invasión dentro de este campo, con su *Ultimo día de los folletos?* ¿Cómo mister-Ruskin después de su pelea en la economía política? Yo digo que el crítico debe sostenerse fuera de la región de la práctica inmediata y dentro de la esfera humanitaria, política y social, si quiere dar un paso hacia teorías más francas, que acaso un día hagan sentir sus beneficios en este te-